

PASOLENTO Y CARRERÍN

Carrerín estaba impaciente. El gran bosque celebraba hoy el carnaval, y nuestro pequeño amigo llevaba una semana esperando el evento con anticipación. Pero parecía que a sus padres y hermanos les había tomado todo el día alistarse. Ahora lo esperaban a él y a su amigo, Pasolento, junto al camino. Pero, ¿dónde se había metido Pasolento?

—¡Pasolento! ¡Pasolento! ¿Dónde estás? Se supone que debías arreglarte temprano para disfrutar de todas las atracciones. ¡Vamos! ¡Apresúrate!



Unos lirios acuáticos se movieron y Pasolento asomó la cabeza sobre el agua.

—Hola, Carrerín. Todo está bien. Ya llegué.

—Ejem.

—Oh. Lo siento. Me estaba divirtiendo tanto en el chapuzón de esta mañana que perdí la noción del tiempo.

—Está bien, amigo. A cualquiera le puede pasar. Pero vamos rápido. Todos nos están esperando. Mis padres tienen algo que decirnos antes de partir.



—Qué buen amigo eres, Carrerín. Si quieres, te llevaré sobre mi caparazón al carnaval.

—Gracias, Pasolento.

—No hay de qué, amigo.

Como ven, Pasolento era una tortuga. Tenía un fuerte caparazón de color verde y amarillo sobre el que podía sentarse Carrerín. Su amigo, Carrerín, era un ratón de campo. Tenía el pelaje corto y de color gris, unas pequeñas orejitas y una larga cola. Vivía cerca del estanque de Pasolento y todos los días salían a jugar.

—Vamos. Les diré a los demás que estamos listos —Carrerín avanzó a toda prisa por el camino, mientras Pasolento lo seguía con lentitud.

El pequeño grupo estaba muy emocionado. Habían acordado ir todos juntos. Pero Pasolento y Carrerín tenían permiso para recorrer el carnaval por su cuenta.





Cuando Pasolento finalmente llegó al camino, Papá Ratón empezó a hablar.

—Escuchen bien, niños. El bosque y la zona del carnaval estarán llenos de animales. Habrá numerosas atracciones y juegos, por lo que existe el riesgo de perdernos entre la muchedumbre, la confusión y los senderos del bosque. En caso de separarnos, acordemos reunirnos a las 4 de la tarde en el claro principal junto a Roca Negra.

—He dibujado un mapa del bosque y la zona del carnaval para cada uno. Mamá ha escrito sus nombres y direcciones en otro papel, en caso de que alguno se encuentre en problemas y deba solicitar ayuda.

Papá Ratón solía asegurarse que todos supieran qué hacer si había problemas.

—Una cosa más: todos deben acordar portarse bien durante el transcurso del día, y ser amables y considerados en el carnaval.

—De todas maneras, conviene mantenerse alerta. Recuerden la advertencia del Abuelo Ratón: «Los gatos siguen siendo gatos, incluso en el carnaval».

—¡Ooohhh!

—Papá, no asustes a los niños hablando de gatos.

—Está bien, Mamá Ratón. Muy bien. Vamos a divertirnos.

—¡Hurra!

—Pasolento y Carrerín, no se separen y tengan cuidado. Supongo que irán un poco más lento, pero procuren no perderse de vista. Recuerden la reunión junto a Roca Negra a las 4 en punto.

—Súbete, Carrerín. ¡Te llevaré!

Una vez que Carrerín se acomodó, Pasolento empezó a avanzar. La tortuga trotaba, pero no andaba lo suficientemente rápido para un veloz ratón como Carrerín.





—Pasolento, ¿es que no puedes ir más rápido? Tengo tantas ganas de llegar.

—Sé que soy un poco lento comparado contigo, Carrerín. Pero al menos soy constante y cuidadoso. No te preocupes, llegaremos tarde o temprano.

—Pues esperamos que sea temprano y no tarde. Mi familia ya se perdió de vista.

Carrerín se llevaba muy bien con Pasolento, pero si tu mejor amigo es una tortuga, necesitarás armarte de paciencia. Mucha, mucha paciencia. El ratoncito se recostó para ver las nubes pasar. Pronto empezó a quedarse dormido, soñando con una gigantesca y deliciosa tarta de queso.



—¡Yupi!
Carrerín se despertó al sonido de gritos, vítores y música. Habían llegado al carnaval.
—Ya estamos aquí, amigo.

—Qué emocionante, ¿verdad, Pasolento? Tengo unas ganas enormes de ver todo lo que hay, y de probar las deliciosas meriendas.

—¡Palomitas!
¡Palomitas! ¡Palomitas de maíz!

—¡Este lugar es enorme! Nos tomará muchísimo tiempo recorrerlo.

—Pues empecemos. Vamos, Pasolento, sígueme.

—Carrerín, espera. ¡No vayas tan rápido! No puedo seguirte el paso.

—Está bien, Pasolento. ¿Ves aquella gigantesca rueda? ¡Vamos!

—Qué divertido.
Y se pusieron en marcha, siguiendo la alegre música que provenía de la gigantesca rueda.



La rueda los elevó muy, muy alto. Casi podían tocar el cielo. Se encontraban por encima de las ramas de los árboles. Desde allí, podían ver a una gran distancia. Cuando miraban hacia abajo, todos se veían muy pequeños.

—¡Vaya! ¡Mira qué alto estamos! Así nos deben ver los pájaros cuando pasan volando, Carrerín.

—Sí. Mira el claro en la distancia. La gran roca en el centro es Roca Negra, donde debemos encontrarnos con mi familia a las 4 de la tarde.

Los dos amigos se divirtieron mucho ese día. Se subieron al tiovivo.

—¿No es divertido?

Condujeron carritos chocones y dieron vueltas en enormes tazas de té. Incluso se detuvieron a observar el espectáculo de Tom el gato mágico.

—Carrerín, ¿recuerdas lo que dijo tu padre sobre los gatos? Nos conviene mantener la distancia.

—Tienes razón, Pasolento. Podemos mirar desde aquí atrás.

—Mira, Carrerín. Allí hay focas. Sí, son focas disfrazadas de payaso.

—¡Focas! Qué divertido.

—Súbanse todos.
—Es la atracción más terrorífica.
Hará que pierdan el cascarón. Solo para tortugas.
—¡Palomitas de maíz! Vengan por sus palomitas de maíz.
—Jugos naturales.
—¡Caramelos! Compren sus caramelos.
—Qué hambre tengo. Vayamos a la barra de comida y pidamos algo de comer.
—¡Comida! Vamos. También tengo hambre.
—Hola, muchachos. ¿Qué les gustaría comer?
—Yo quiero una tarta de queso y palomitas de maíz, por favor.
—¿Tú qué quieres, Pasolento?
—Veamos. Ya sé, voy a probar el especial de bichos con pan.
—Enseguida. ¿Algo más?
—Me gustaría un poco de alga frita, por favor.
—Aquí tienen, chicos.
—¡Muchas gracias!
—¡Esta tarta está deliciosa!
—Prueba el especial de bichos con pan. Está muy bueno.



Los dos amigos pasaron un tiempo maravilloso. El día pasó demasiado rápido. El sol descendía en el horizonte, y era hora de reunirse en Roca Negra. Estaban a punto de dirigirse al claro cuando descubrieron una nueva atracción.

Senderos enrevesados

—Pasolento, mira aquel letrero junto al bosque. Dice: Senderos enrevesados. Aún no hemos ido.

—Pues, me parece un poco oscuro y tenebroso. Además, creo que debemos dirigirnos al claro. Sabes que avanzo a un paso más lento.

—Si estoy en lo cierto, el claro se encuentra justamente al otro lado de este enorme bosque. Los Senderos enrevesados son un atajo que nos llevará allí.

—No lo sé. ¿Y si nos perdemos? Consultemos el mapa que nos dio tu padre.

—Está bien. Estoy seguro que lo guardé por aquí. Uy, no lo encuentro. Se me debió haber caído en alguna de las atracciones. Bueno, ¿quién necesita un mapa? Soy un ratón, ¿recuerdas? Puedo encontrar el camino en la oscuridad. ¿Dónde está tu sentido de la aventura, Pasolento?

—El sentido de la aventura. Me parece que lo perdí en algunas de las atracciones.

No fue fácil convencer a Pasolento, pero la tortuga finalmente decidió aventurarse en los Senderos Enrevesados.

—Está bien. Si tú lo dices.

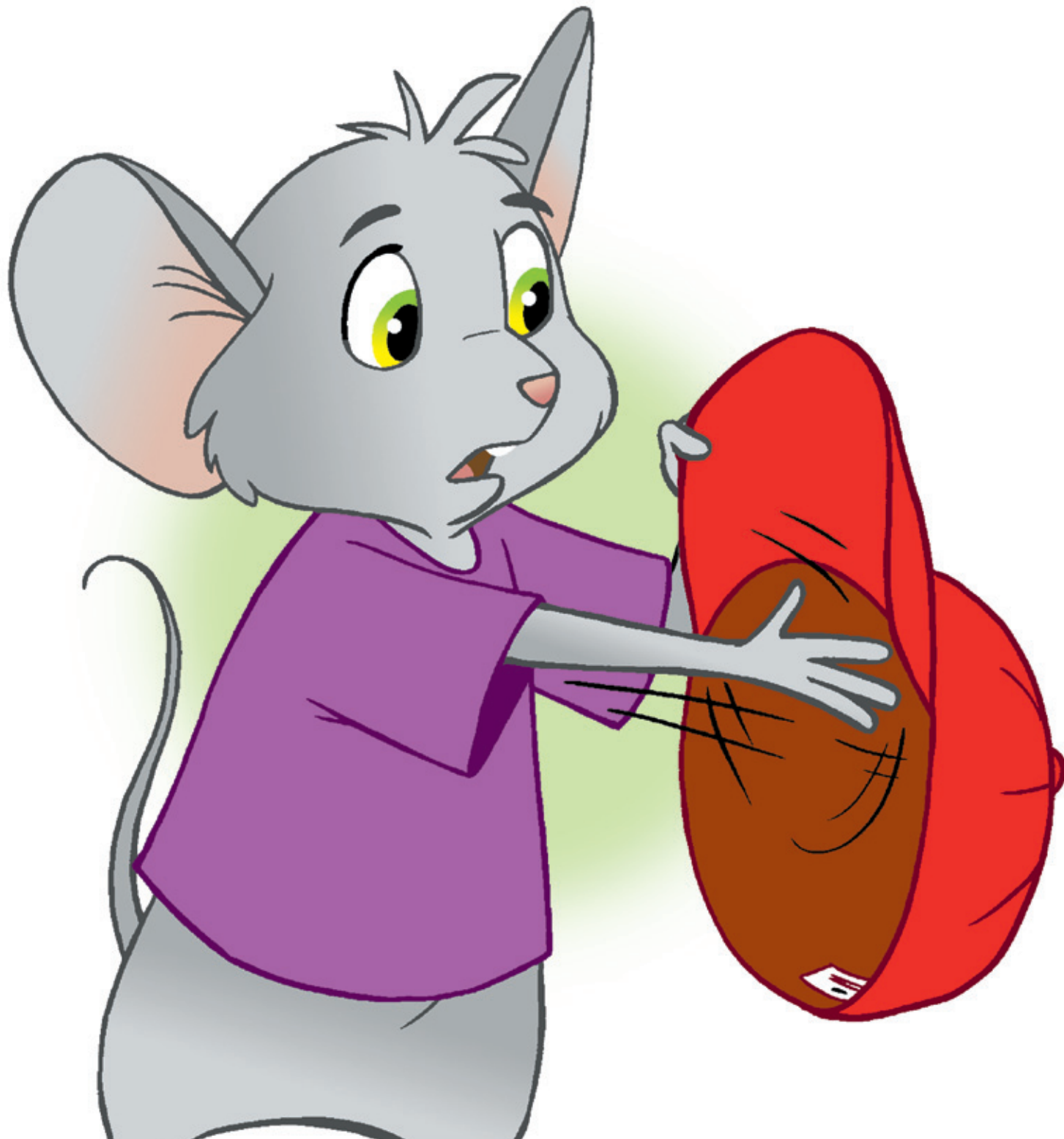
Pero al adentrarse en los caminos del bosque, Carrerín descubrió que era mucho más confuso de lo que había imaginado.

—¿Carrerín? ¿Dónde estamos? No estoy seguro por dónde vamos.

—Me parece que es por aquí.

—Oh.

—A lo mejor es por ahí. No, creo que por aquí. Podría ser por aquel lado.





Estaban perdidos. ¿Qué sendero o senderos los llevarían al claro en el bosque? Los árboles y arbustos crecían tan densamente que apenas podían divisar el cielo o lo que había a unos pasos de distancia.

—Oh no. ¿Cómo vamos a salir de aquí, Carrerín?

—Ya sé, ya sé. Vamos por aquí. Rápido, apresurémonos. Retrocedamos, a la izquierda. No, a la derecha. Vamos derecho. Rápido, es por aquí...

Carrerín zigzagueaba en una y otra dirección. Se asomaba por aquí y por allá, buscando algo que resultara familiar y les ayudara a encontrar el camino. El pobre Pasolento daba vueltas y más vueltas. Avanzaban y avanzaban por un sendero y luego bajaban por otro. Terminaron muy agotados. Y seguían sin encontrar la salida.

—Carrerín, es inútil. Nos hemos perdido. No debimos adentrarnos en estos senderos.

—Era divertido al principio, pero ahora tengo miedo. Se está haciendo tarde y quiero volver a casa.

—Yo también, Pasolento. Yo también.

—¿Qué vamos a hacer?

—No-no lo sé, Pasolento. Lamento no haberte hecho caso. Tenías razón. Me equivoqué al convencerte de adentrarnos en los Senderos enrevesados siendo tan tarde. A-a-a-ahora ni siquiera hay una persona a quien pedirle ayuda.

—Espera un momento, Carrerín. Hay alguien a quien podemos acudir.

—¿Qu-qu-quién?

—Mi mamá siempre dice que si tengo problemas y necesito ayuda puedo acudir a Jesús.

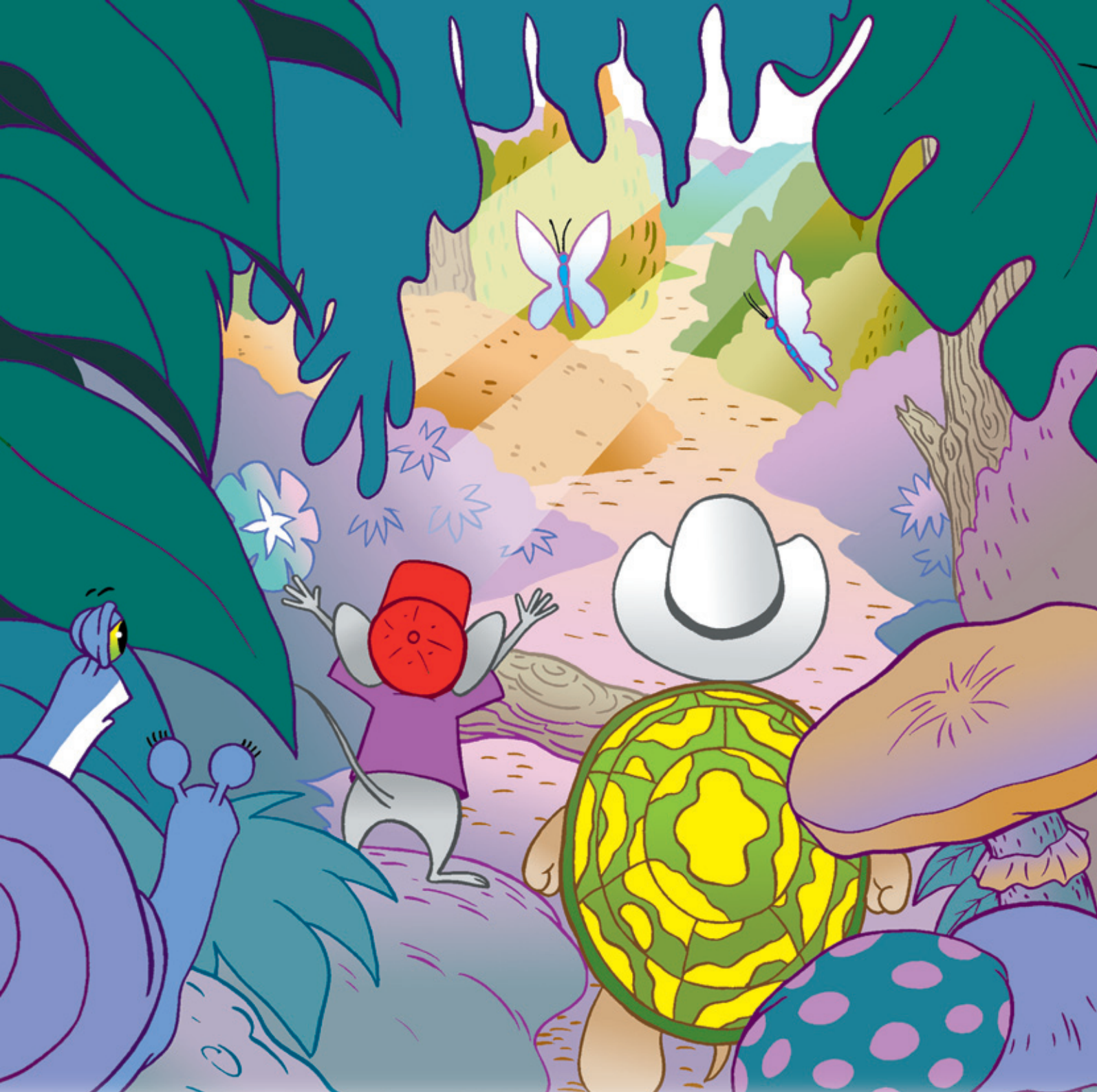
—Buena idea. No cabe duda que Él sabe cómo podemos salir de aquí. Oremos y pidámosle ayuda.

—Bien, oremos.

—Querido Jesús, nos hemos perdido y necesitamos Tu ayuda. Por favor, ayúdanos a encontrar el camino al lugar de encuentro.

Se mantuvieron en silencio con las cabezas agachadas por unos momentos.





De pronto, Carrerín levantó la cabeza con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Escuchas eso?

—¿Qué cosa, Carrerín?

—Música. Escucho la música de la rueda gigante. Viene de aquella dirección. Y la rueda gigante se encuentra cerca de Roca Negra.

—Tienes razón.

—Si nos dirigimos hacia la música, encontraremos la rueda gigante. El gran claro no se encuentra lejos de allí.

—Qué buena idea. Vámonos, Carrerín.

Se detenían de vez en cuando para escuchar y escoger el sendero que los llevara en la dirección indicada...

—Por aquí.

Hasta que los dos amigos finalmente llegaron a un conocido sendero del bosque.

—Mira, encima de los árboles. Es la parte superior de la enorme rueda.

—Sí, también la veo.

Carrerín y Pasolento se sintieron muy aliviados.

—¡Vamos!

Carrerín se alejó corriendo emocionado hacia la rueda gigante, y hasta Pasolento avanzó a una sorprendente velocidad para una tortuga. Les tomó un buen rato, pero al final llegaron a la base de la rueda.

—Pasolento, mira. Aquel sendero va al claro. Se encuentra muy cerca. Jesús nos ayudó a encontrar el camino.

Al cabo de unos minutos se reunieron alegremente con el resto de la familia ratón.

—Empezábamos a preocuparnos por ustedes. ¿No es así, Papá?

—De veras que sí. Estaba a punto de llamar a la patrulla de pájaros carpinteros.

—Gracias a Dios, se encuentran sanos y salvos.

—Muy bien, ¿están todos listos para volver a casa?

—¡Sí!





Aquella noche, mientras los dos amigos observaban las estrellas titilar en el cielo, rememoraron la aventura que acababan de vivir.

—Me alegra que todo saliera bien, Carrerín.

—A mí también. Estoy muy agradecido de no haberme quedado atrapado en los Senderos enrevesados.

—¿Sabes, Pasolento? Me parece que hacemos un gran equipo. Si bien en ocasiones me impaciento contigo por moverte un poco más lento, me alegro de ser tu amigo. Gracias por ser mi amigo, Pasolento.

—Estaba pensando lo mismo, Carrerín. Aunque no puedo mantener tu paso, en verdad no me molesta, porque eres mi mejor amigo. Hemos vivido momentos muy buenos.

—Sí. Además, me siento muy feliz que Jesús sea nuestro mejor amigo.

—Yo también, Carrerín. Yo también.

Pronto los dos se quedaron dormidos bajo un cielo iluminado de estrellas.

Se encuadra en: Desarrollo personal: Habilidades sociales: Amistad-1a; Fe y vida cristiana:

Nuestra relación con Jesús: Jesús, nuestro mejor amigo-1c

Autores: Derek y Michelle Brookes. Dramatización en audio: RadioActive Productions.

Ilustraciones: Hugo Westphal y Ana Fields. Traducción: Sam de la Vega y Antonia López.

© Aurora Production AG, 2000. Utilizado con permiso.